

# Claudio Arrau a los 75 años

por Magdalena Vicuña

“La música nos censura porque es más amplia y más rica que cualquiera de nosotros”, dijo en una ocasión. Este apuesto y elegante señor de la música se destaca como un coloso entre los pianistas de la actualidad, intimidando y conmoviendo a los auditores de cualquier lugar donde toca.

Claudio Arrau, nacido en Chillán, Chile, el 6 de febrero de 1903, es aclamado en la actualidad como “Emperador y Rey al mismo tiempo”, y dada la amplitud de su arte unida a la profunda humanidad que de él emana, la prensa del mundo lo coloca “entre los más grandes pianistas del siglo”.

En la intimidad es un hombre cálido, ingenioso e infinitamente cortés. Es además un maravilloso conversador, nunca un relator vulgar. Dotado de una inteligencia distintiva conoce la leve línea divisoria entre el artista que destruye y el ingenio saludable. Arrau es además un observador inveterado del mundo que lo rodea. Cuenta con sencillez que fue un niño prodigio que ofreció su primer recital en Chillán a los cinco años. Vestido de sedas y terciopelo (inclusive ahora luce una magnífica capa de ópera a lo Liszt después de cada concierto), tocó variaciones de Beethoven, una sonata de Mozart y los *Kinderscenen* de Schumann. En 1911, el Gobierno de Chile becó al muchacho para que viajara a Berlín donde durante dos años, antes de conocer a su famoso maestro Martin Krause, tuvo maestros mediocres. Krause, que murió cuando Arrau sólo tenía quince años, le dio una formación que fue mucho más allá de las notas y la técnica. Alumno de Liszt, Krause pudo enseñarle a Arrau muchísimo sobre el dominio que del estilo melódico de *bel canto* tenía Liszt, y sobre su fabuloso y variado control de las sonoridades acordales, pero además de todo esto Krause le enseñó al joven pianista a escudriñar la esencia poética e imaginativa de la música. Si se le pregunta hoy día a Arrau en qué reside la grandeza de Liszt como compositor, no hablará de su virtuosismo, sino que de la belleza mística, y cualquiera que escuche a Arrau tocar la Sonata en Si menor, o por ejemplo “Chasse-neige”, el último de los *Estudios Trascendentales*, durante ese esplendor de la tormenta de nieve y viento, comprenderá que en este trozo y en todo Liszt, el virtuosismo y la belleza mística están sublimemente ligados.

“Considero la docencia como algo muy creativo. Es como si se fuese un escultor. El peligro es que siempre deseamos crear copias de nosotros mismos, pero no debe ser así, debemos descubrir lo que se encuentra dentro del mármol”. Estas palabras de Arrau son como un luminoso recuerdo de Krause.

Rev. Musical Chilena, 1978, XXXII, N° 142-144, pp. 137-139

Durante diez años, después de la muerte de Krause, ganó un premio tras otro, culminando con el Grand Prix de Ginebra en 1927, en el que Cortot y Arthur Rubinstein formaban parte del jurado. En 1920, a los diecisiete años, Arrau debutó con la Filarmónica de Berlín, con la *Fantasia Wanderer* de Schubert-Liszt, bajo la dirección de Karl Muck. A los veintidós años volvía al Conservatorio Stern de Berlín, ahora como profesor. Pero también hubo momentos de dificultad. Infinitas fallas técnicas obligaron a Arrau a reflexionar profundamente, como lo han hecho muchos grandes músicos, sobre las bases espirituales y psicológicas de la vida creativa, iniciando así un fructuoso y largo diálogo con las obras de Jung. Pero aquí Arrau también hace la advertencia de que aquel que se “entremete en la psicología debe cuidarse de no aclarar demasiado, sólo se debe descartar aquellas inhibiciones y tensiones que son impedimentos”.

La costumbre de Arrau de ofrecer grandes programas, Odisea musical que ahora le es tan familiar a los auditores de todo el mundo, se inició en aquellos años. En la década de los años 30 en Berlín, tocó toda la música para piano de Bach en doce sesiones, las sonatas de Mozart en cinco, las sonatas de Beethoven y Schubert y todo Chopin. Esto lo hizo por razones personales en gran parte, “deseaba penetrar en el lenguaje de cada compositor”. Este viaje lo inició con Bach. “En esta etapa virtualmente dediqué mi vida a su música y de pronto decidí de que no se pueden tocar sus obras para clavecín en piano”.

Adivinación. Es la palabra favorita de Arrau. “Los más grandes milagros interpretativos siempre tienen que ver con la adivinación”. Pero si la interpretación tiene que ver con la adivinación, también le concierne el dolor y su curación. Aquellos que consideran a Arrau, al igual que a su contemporáneo Rudolf Serkin, como a videntes entre los pianistas, reconocen en ambos el dolor y el esfuerzo de la recreación. Al igual que los grandes escultores, se hieren sobre la inercia del mármol, el que están tratando de darle forma. La herida, no obstante, es menos palpable en Arrau que en Serkin; paradójicamente Arrau conjura sus sonoridades promoteicas y diamantinas con el más leve touché. Es a la vez león y cordero. “Tengo la visión de un sonido determinado —declara—, nunca debe ser filudo o cortante. En cierto sentido todo el peso de mi cuerpo cae en las teclas. Cuando era un ejecutante joven me deshice de muchas convenciones. Existía la convención de jamás usar el pulgar sobre las teclas negras, y los pianistas evitaban el cuarto y quinto dedo, porque simplemente no habían desarrollado el movimiento racional de la muñeca. Una vez que se logra este control rotacional, es el brazo el que controla las teclas, no los dedos”.

Gracias a esta fabulosa técnica básica no es extraño que Arrau celebre sus 75 años con una nueva grabación, uno de los más tremendos desafíos pia-

nísticos, los *Doce Estudios Trascendentales*, de Liszt. Después de haber completado, y por el momento, su inspección gramofónica de la música de Beethoven, Chopin, Brahms, Schumann y Liszt, Arrau fija ahora su atención en Schubert. "Para mí, Schubert es el último problema interpretativo. Es tan difícil, hay tantos elementos en su arte. Encierra el alcance dramático de Beethoven y la sencillez de la música aldeana austríaca, maravillosa escritura lírica y gran castidad".

Arrau es primordialmente y ante todo un investigador, y sólo entonces un comunicador. Para celebrar este cumpleaños, Philips ha editado sus versiones de las Obras Completas para Piano y Orquesta de Chopin con la London Philharmonic Orchestra, dirigida por Eliahu Inbal: *15 Variaciones con Fuga en Mi bemol, Op. 35; Variaciones "Eroica"; 32 Variaciones sobre un tema original en Do menor y Seis Variaciones en Fa, Op. 34 de Beethoven; Concierto Nº 1 en Re menor Op. 15 de Brahms*, con la Orquesta del Concertgebouw de Amsterdam bajo la dirección de Bernard Haitink, y de *Liszt, los Doce Estudios Trascendentales y Tres Estudios de Concierto*.

El mayor homenaje que se le puede rendir a Arrau es confesar que la gran atracción que ejerce sobre sus auditores se debe a que pertenece a esa línea de grandes artistas para quienes la música es lo más importante.